

# Presentación



Este número de *Alteridades* presenta una mayoría de artículos orientados hacia un tipo de problemáticas, tanto teórico-metodológicas como relativas a las diferentes colectividades estudiadas, que la antropología enfrenta cuando se aboca a trabajar sobre el mundo actual, caracterizado por procesos de alcance global. Se muestra cómo el acercamiento del investigador al sujeto de estudio y a un campo cada vez más complejo puede replantearse desde las condiciones cambiantes de la realidad contemporánea.

Quien escribe el primer artículo es Gérard Althabe, uno de los fundadores del equipo que en la Escuela de Estudios Superiores en Ciencias Sociales de París ha dado vida a la “antropología de los mundos contemporáneos”, un enfoque que se interesa por el estudio de fenómenos a la escala local, pero partícipes de los procesos globales propios de la actualidad. A partir de una concepción de la investigación en cuanto encuentro con los sujetos considerados como actores sociales (y no sólo como encuestados o testigos calificados), Althabe sostiene la necesidad de manejar una utilería conceptual específica para interpretar lo que sucede en el transcurso de la investigación de campo. Introduce el concepto de *modo de comunicación* para definir la lógica de las relaciones entre los actores en el microcosmos en el que opera el etnógrafo. Siempre que “hace campo”, el antropólogo se inserta en un microcosmos donde juega un papel que no puede elegir sino muy parcialmente. Se presenta como antropólogo y a su vez es interpretado por los sujetos que son objeto de su estudio. Los sujetos lo interpretan y lo ubican en el seno de su mundo de una forma que puede gustar más o menos al investigador. Esa imagen y ese papel le son dados por los sujetos y por la coyuntura de la investigación. Al reconocer este hecho incontrovertible, el trabajo de campo puede ser leído como una puesta en escena de la que el etnógrafo no es el director sino un actor entre otros. Se deriva de allí la necesidad de mantener una postura reflexiva acerca del dispositivo de conocimiento que es la investigación, para poner de manifiesto el modo de comunicación propio de ese ámbito microsociedad en esa coyuntura específica. Sólo así se podrá dar cuenta de los discursos de los sujetos y de sus comportamientos y, al mismo tiempo, objetivar reflexivamente la propia posición en el campo estudiado. En esta perspectiva, lejos de formar parte de lo que se descarta a la hora de escribir antropología, las condiciones concretas de producción de la investigación se constituyen en elemento central del objeto a investigar. Lo que sucede entre el antropólogo y los actores tiene que ser explicado como un resultado de la naturaleza propia de la investigación. En un segundo momento, la lógica del ámbito microlocal estudiado tiene que ser puesta en relación con los elementos del contexto macrosocial útiles para su interpretación.

Otra importante contribución teórico-metodológica a la antropología del mundo contemporáneo viene de la reflexión de Amalia Signorelli sobre el trabajo de Ernesto de Martino, antropólogo italiano cuya obra –aún situándose cronológicamente en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado– posee una extraordinaria vigencia, que le ha sido ya reconocida desde diferentes puntos de vista disciplinares. Signorelli realiza una reconstrucción de las modalidades de trabajo en el campo utilizadas por De Martino, con base en los materiales existentes acerca de la investigación de campo sobre el tarantismo en Apulia (Italia) en los años cincuenta, en la que Signorelli participó como joven ayudante de investigación recién graduada. En esa ocasión, De Martino puso a trabajar sobre un tema común –el tarantismo como fenómeno histórico-cultural–, a un equipo interdisciplinario, mucho antes que la interdisciplina se convirtiera en una de las obsesiones de las ciencias modernas. Los miembros del equipo –el siquiatra, el sociólogo, la antropóloga, el historiador y la trabajadora social– “sentían la expedición a Salento como una empresa común, que pertenecía a todos y donde ninguno era

subalterno". La interdisciplinariedad es vista por De Martino como una cooperación diferenciada de disciplinas disímiles a la solución de un problema bien definido, en donde la aportación de cada una de ellas no tiene el mismo peso en relación con el problema a resolver. "Para De Martino –nos dice Signorelli– no se trata de estudiar un 'lugar' (ciudad, aldea, comunidad, fábrica) o un 'grupo' (los habitantes de...) o un 'tipo' (la familia monogámica): se trata de resolver un problema. Es lógico por lo tanto que los términos en que el problema ha sido formulado determinen también la estrategia resolutoria a seguir (...) Si por ejemplo el problema es la demostración de la naturaleza histórico-cultural del tarantismo, limpiar el campo de las posibles confusiones con el latrosectismo es una premisa tan necesaria como insuficiente, una premisa menor en suma, de la cual se sigue la integración de las distintas contribuciones en forma jerarquizada".

El tercer ensayo presenta una discusión acerca de un asunto muy común en la antropología de la religión de hoy día. Se trata de los problemas éticos que se generan entre los investigadores y las asociaciones religiosas, vistos desde el análisis de tres casos. El primero se refiere a la denominada *investigación encubierta*, que se da cuando el antropólogo se presenta como un aspirante converso a un grupo religioso con el objetivo de hacer su trabajo de campo. El segundo aborda lo que sucede cuando un especialista aparece como "experto" en los medios masivos de comunicación y da opiniones sobre los miembros de comunidades religiosas con las que ha trabajado. El tercero concierne a la existencia de abusos de derechos humanos en los grupos estudiados por el antropólogo. Los tres casos plantean un conjunto de problemas éticos que no pueden resolverse mediante recetas sencillas, más aún, teniendo en cuenta, como lo señala Garma, que "las asociaciones religiosas están más abiertas y dispuestas a criticar a un investigador por lo que consideran una falta de ética en contra suya, que otros sujetos de estudio". Por ello agrega, el discutir abiertamente los resultados de la investigación y "el estar consciente de los problemas de ética, no los evita, pero quizá ayude más a buscar mejores vías para resolverlos".

El cuarto artículo, escrito por Esteban Krotz, es un análisis del mito hobbesiano del *estado natural* de la humanidad, visto como una clave de lectura peligrosa y deformante acerca de las culturas no occidentales. En oposición a este mito se ofrece una concepción fundamentada en la tradición de las ciencias antropológicas, para la cual la diversidad cultural puede ser interpretada como un laboratorio en busca de la forma de vida realmente buena para todos los seres y grupos humanos. "Por tanto, la antropología todavía pendiente de la cuarta globalización encontrará su sentido en el diagnóstico de las tendencias utópicas contenidas en todas las culturas humanas que se dirigen hacia la creación de condiciones sociales propicias para una vida digna y plena de todos" (Krotz).

Los siguientes tres artículos abordan desde diferentes ángulos el tema de las fronteras culturales como lugares donde dialogan o se enfrentan diferentes visiones del mundo y códigos de comportamiento. El primero, escrito por Michael Kearney, introduce el tema clásico de la frontera México-Estados Unidos como una cruda realidad, pero simultáneamente como una metáfora para pensar las transformaciones recientes del Estado y de la pertenencia nacional. Esto es ejemplificado por el autor a través del análisis de la migración mixteca de Oaxaca a California. El segundo, firmado por Adelina Miranda, indaga las relaciones entre migrantes trabajadoras domésticas y amas de casas autóctonas en la periferia del área metropolitana de Nápoles (Italia) mostrando las implicaciones específicamente culturales de una relación laboral que, por lo tanto, no puede ser reducida a una simple sustitución del papel doméstico. El tercero (a cargo de Cruces *et alii*) propone diferentes etnografías de "ventanillas" en España, estudiando los sentidos de la confianza en la relación entre usuarios y distintos "sistemas expertos", tales como un hospital, un banco, una oficina de atención al ciudadano, una compañía aérea, un ayuntamiento rural.

Para terminar, los artículos de investigación antropológica y las disertaciones de tesis doctorales presentan avances interesantes en los ámbitos de estudio de la cultura laboral (Luis Reygadas), de las identidades religiosas (César Cerrandi) y de la sexualidad en mujeres campesinas (Rosío Córdova). Todos ellos aportan conocimiento novedoso en torno a la antropología del mundo contemporáneo y sin duda enriquecerán el debate relativo a los retos actuales del quehacer antropológico.

Angela Giglia y Carlos Garma